

CAPÍTULO XV

(1680 — 1689)

Gobierno del conde de Paredes. — Intento de reconquista y pacificación de Nuevo México. — Tumulto en Oaxaca. — Hostilidades de los piratas á la marina y en las costas. — Sucesos en las costas de Yucatán. — Inquietudes del gobierno y de los habitantes de las costas. — Sorprende el pirata Lorencillo á Veracruz. — Prisión de los vecinos. — Saqueo de la ciudad. — Crueldad de los invasores con los prisioneros. — Reembárcase Lorencillo llevándose á los vecinos y un gran botín. — Se detiene en la isla de Sacrificios. — Abandona allí á los vecinos y se da á la vela. — Providencias que toma el gobierno de México al saberse la invasión de Lorencillo. — Inutilidad del auxilio. — Llega á Veracruz el falso visitador don Antonio de Benavides. — Se pone en marcha para México. — Es aprehendido en Puebla y conducido á la capital. — Fórmasele proceso. — Es sentenciado á muerte y ejecutado. — Expediciones marítimas en busca de una colonia francesa establecida en las costas del Golfo. — Piratas en el Pacífico. — El pirata Lorencillo toma Campeche. — Es derrotado por las tropas de Yucatán. — Lorencillo intenta apoderarse de Valladolid — Construcción de la muralla de Campeche. — Invasiones de los piratas en Tampico. — El conde de la Monclova toma posesion del vireinato. — Nuevas investigaciones para encontrar la colonia francesa. — El conde de la Monclova establece un presidio en la frontera del Norte — Envía otra expedición marítima á buscar la colonia francesa. — Inútiles expediciones de Otondo á California. — Intentos de fundar allí villas españolas que son abandonadas. — Expedición de Itamarra á California. — Sublevación de los tabaris, taramares y conchos. — Es promovido al vireinato del Perú el conde de la Monclova y le sustituye en el de Nueva España el conde de Galve.

Tristemente célebre es en la historia de la Nueva España el gobierno del vigésimo octavo virey, don Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de la Laguna, no por la mala dirección que él dió á los negocios de la colonia, sino por los calamitosos accidentes que acontecieron durante los seis años de su administración y que dejaron honda huella en el ánimo de los vecinos y moradores de la tierra.

Tomó el conde de Paredes posesión del gobierno en 30 de noviembre de 1680, por haber admitido el rey la renuncia que obstinadamente había sostenido el arzobispo fray Payo Enriquez de Rivera, y bajo auspicios tan tristes ocupó el vireinato, que uno de los primeros negocios de que tuvo conocimiento fué la terrible sublevación de las tribus de Nuevo México y la pérdida de aquella extensa provincia.

Dictó el virey las providencias más oportunas para la reconquista del territorio y pacificación de los insurrectos; pero todo fué inútil, porque el gobernador Otermín volvió á retirarse obligado por el invierno, contentándose con sostener la villa de Paso del Norte, no alcanzando ventaja alguna á pesar de que la discordia debilitaba á los insurrectos.

En 1681 un gran tumulto estalló en la ciudad de Antequera (Oaxaca), causado por el cobro de alcabalas. El virey tuvo que atender á la tranquilidad de la capital de aquella provincia, temeroso de que el fuego de la insurrección cundiese en pueblos tan predisuestos,

tanto más cuanto que hacía pocos años que en grave cuidado había tenido al gobierno de la colonia la insurrección de Tehuantepec.

Pero las mayores inquietudes causábanlas los piratas que sin cesar hostilizaban á la marina mercante española en el Golfo y que sembraban el terror y la desolación en las costas. Las grandes sumas que se habían invertido en la armada de Barlovento pudieron llamarse infructuosos gastos, porque ni esa armada prestó servicios que pudieran considerarse de importancia, ni los piratas por temor á ella se retiraban de la provincia de Yucatán, ni se contenían en sus hostilidades, ni siquiera dejaban de hacer activo comercio con las maderas y el palo de tinte que compraban y rescataban públicamente en la Laguna de Términos. Algunas veces pequeñas embarcaciones armadas en guerra sorprendían á los piratas quitándoles esclavos y carga que llevaban del continente, haciendo algunos prisioneros; las bajas que esto causaba en las filas de los aventureros, con creces se cubrían inmediatamente, porque las noticias de las pingües y fáciles ganancias que aquellas empresas proporcionaban hacía que constantemente llegasen en busca de aventuras y riqueza hombres perdidos que buscaban entre los piratas, al par que el miedo, la seguridad contra la persecución de las justicias.

El gobernador de Yucatán, don Antonio de la Iseca, contra quien el rey tenía prevención culpándole de

apatía, condujo una expedición que levantó á sus expensas hasta la Laguna de Términos; consiguió batir allí á los piratas quemándoles los ranchos, los plantíos y el palo de tinte que tenían depositado; pero otros navíos ingleses llegaron muy pronto con gente que hizo nuevas plantaciones, nuevos ranchos y nuevos depósitos.

Aquella plaga no tenía por remedio la paz de Europa ni la concordia entre las enemigas monarquías: celebrábanse tratados de tregua ó paces entre España, Francia, Inglaterra y Holanda, y los piratas, antes con patente de corso expedida por su nación y luego por su propia cuenta, seguían devastando las costas y acechando y atacando las flotas, que imposible era para ellos cambiar repentinamente de vida y abandonar las ganancias que ella les proporcionaba, no más porque llegaba la noticia de un tratado de paz, teniendo la seguridad de que ni su mismo gobierno era bastante poderoso y estaba suficientemente resuelto para enviar armadas que limpiasen los mares, con el solo y único fin de proteger la marina mercante española y el exclusivo comercio de la metrópoli con sus colonias.

Los mismos jefes de los piratas no hubieran podido volver sobre sus pasos sin ser desconocidos por la chusma que servía á sus órdenes y sin ser sustituidos por otro que manifestara menos escrúpulos y más atrevimiento. La disciplina no entraba como elemento de aquellas agrupaciones, sino sólo en los momentos del combate, y con mucha frecuencia se veían riñas y duelos entre los jefes y los subalternos.

En tal situación se encontraba la colonia de Nueva España amagada durante el gobierno del conde de Paredes, y á cada paso llegaba á la ciudad la nueva de haberse visto embarcaciones enemigas en el Golfo, ya por el Pánuco, ya por Veracruz, ya por Campeche ó Yucatán, y por el Pacífico, en las costas de Oaxaca, de Acapulco ó de la Nueva Galicia. Aumentó la alarma por principios del año de 1682 una noticia grave llegada de la corte: decíase al virey que el obispo de Brandemburgo despachaba á las Indias siete poderosos navíos de guerra para indemnizarse de la cantidad que se le debía por sueldos de las tropas conque había auxiliado á España en la guerra de Flandes; las naves del obispo habían hecho presa una embarcación española en el puerto de Ostende, y Alejandro de Farnesio, gobernador de Flandes, informó al monarca español que los navíos del obispo debían presentarse en América con el carácter de amigos, para sorprender segura y fácilmente algunos puertos. El virey se preparó para la defensa, pero la armada del de Brandemburgo llegó no más hasta el canal de Bahama y regresó á Europa, sin haber intentado nada contra los puertos del continente.

La calma no se restableció, porque entonces se tuvo noticia de que navegaba una escuadra francesa cerca de las costas al mando del almirante Ganared, y

que de Londres había partido en 1683 una escuadra inglesa á las órdenes de lord Darmut y que navíos holandeses y franceses al mando de Meintebon, marino conocedor de las costas del continente y de las islas, llegaban á las aguas del Golfo con pretexto de perseguir á los piratas.

No obstante tan continuadas alarmas, los piratas sorprendieron el puerto de Veracruz, cometiendo allí tales excesos y tan horribles crueldades, que quizá sea ese el más triste de los episodios de la vida de la colonia.

El lunes, 17 de mayo de 1683, á pesar de que por costumbre y por mandato real salían algunos barcos á reconocer las embarcaciones que aparecían á lo lejos, y aunque había en la Caleta siete barcas de pescadores, ninguna de éstas ni el vigía salieron á reconocer dos navíos de alto bordo que se avistaron por barlovento como á dos leguas del puerto. Como los vecinos estaban en espera de la flota, con señales de alegría se recibió en la ciudad de Veracruz la noticia de haber aparecido aquellos navíos; sin embargo, algunos comenzaron á suponer que eran enemigos, porque en llegando á la boca del canal tomaron vuelta afuera, á pesar de que el viento soplabá favorable; pero esos temores desechábanlos otros, diciendo que si aquellos navíos no entraban desde luego al puerto era porque perteneciendo á la flota quedaban fuera en espera de la capitana. Así llegó la noche sin que nadie hubiera pensado en tomar precauciones, y con la mayor tranquilidad y descuido recogieron en sus casas autoridades y vecinos.

El martes á las cuatro de la mañana los piratas que habían desembarcado en la noche cerca de la ciudad la sorprendieron, precipitándose al mismo tiempo por las calles y sobre todos los baluartes, vitoreando al rey de Francia, descargando las armas de fuego y haciendo sonar estrepitosamente las cajas de guerra.

La sorpresa y el temor consiguiente á ella hicieron imposible toda defensa: nadie pensó siquiera en resistir; mataban los franceses sin compasión alguna á cuantos se atrevían á salir á la calle ó á presentarse en los balcones y ventanas, y muy pronto se apoderaron de la ciudad ¹.

Las puertas de las casas fueron abiertas á hachazos

¹ En la relación escrita por un testigo presencial que parece haber sido un sacerdote y publicada en el mismo año de 1683 con el título de: *Invasión del enemigo en la ciudad de la Nueva Veracruz en el año de 1683*, reimpressa en el *Diccionario universal de Historia y de Geografía*, México, 1854, palabra *Lorencillo* (*expedición de*), dice: «... los primeros muertos fueron primero el capitán Dn. José de Iguera. — segundo fray Manuel del Rosario, religioso agustino sacerdote, de edad de ochenta años. — tercero Leandro Lopez, español viejo. — cuarto Juan Vitola, mulato zapatero. — quinto Lázaro, mestizo, zapatero. — sexto en la plaza de armas, don Mateo Vidrovo, sargento mayor. — sétimo el capitán don Jorge de Algara. — octavo el alférez vivo don Diego Martín, quien con las manos hizo pedazos la bandera por no entregarla. — noveno alférez reformado Juan Francisco — décimo el sargento primero pardo libre. — onceavo el capitán Agustín Torres, pardo libre. — duodécimo y treceavo otros dos soldados cuyos nombres ignoro.»

y todas las familias y toda la gente arrancada de sus habitaciones, y sin darles tiempo siquiera á vestirse llevadas á la iglesia, en donde á las nueve de la mañana había ya más de seis mil prisioneros, que apenas tenían el espacio suficiente para poder moverse.

Mandaban aquella expedición como general Nicolás de Agramont, á quien otros llamaban Banoven; Lorenzo Jacomen¹, mulato fugitivo de la justicia, famoso con el nombre de Lorencillo, y un francés á quien sólo se da el nombre de Mr. Ramon.

Los piratas acertaron á llegar á Veracruz cuando estaban depositados en la ciudad los caudales, las joyas, la plata labrada, las mercaderías y los regalos que debían embarcarse en la flota, y por eso el botín que hicieron fué extraordinario.

El hambre y la sed comenzaron á atormentar á los prisioneros en la iglesia, agravándose aquellos sufrimientos por el calor de la estación en tan ardiente clima y por la aglomeración de tan gran número de personas en sitio tan reducido. Pronto principiaron á morir sofocados los niños, y constantemente llegaban á la iglesia grupos de piratas que escogían entre las mujeres de todas las clases de la sociedad que allí estaban presas las que mejor les agradaban para saciar sus brutales apetitos, y tanto había el terror ganado aquellos corazones, que no se registró el caso siquiera de un hombre que hubiera matado á su mujer, á su hija ó á su novia antes que verla profanada por las torpes caricias de aquella desenfrenada soldadesca.

Los gritos de las mujeres, los llantos de los niños y las quejas de los heridos animaron al cura para pedir socorro; después de grandes trabajos y de terribles ultrajes consiguió que le permitiesen salir de la prisión y hablar con el general, de quien alcanzó que llevasen á los prisioneros agua y pan, pero en tan cortas cantidades, que se trababan entre aquellos desgraciados terribles luchas por conseguir algo de aquel insignificante socorro.

Tres días y medio permanecieron los vecinos presos en aquella espantosa situación, procurando los piratas hacerla más terrible con el objeto de obligar á todos á que descubriesen dinero, joyas ó mercancías que tuviesen ocultas; valíanse para ello unas veces de poner cajones y barricas de pólvora dentro de la iglesia, amenazando con hacer saltar el templo; otras, rodeando con la artillería para hacer fuego hasta arrasar el edificio; amontonando otras en derredor inmensas cantidades de leña para que pereciesen entre las llamas todos los prisioneros. El espanto produjo allí escenas conmovedoras; hombres hubo que se arrojaron por las ventanas matándose del golpe; morían las mujeres de terror ó sofocadas por el calor y envenenadas por aquella atmós-

fera corrompida. Algunos ricos fueron sacados por los piratas de la iglesia y se les dió tormento á ellos y á sus esclavos para arrancarles el secreto de riquezas que se suponían ocultas.

Los piratas hicieron cargar y embarcar el botín, valiéndose para ello de todos los hombres que habían aprehendido, y separaron las mujeres que les parecían más bellas dejando el resto en las prisiones.

El viernes procedieron los piratas á embarcarse llevándose á todos los prisioneros, de los que muchos murieron en el tránsito antes de llegar á los navíos. Hasta el sábado 2 á las diez de la mañana no terminó aquella operación, que precipitaron los piratas por haber comenzado ya á presentarse por los médanos algunas guerrillas de las gentes del campo, que no se atrevían á atacar resueltamente, pero que algunas veces penetraban en la ciudad matando á los que podían de los enemigos.

Cargados de botín y de prisioneros los navíos franceses llegaron á la isla de Sacrificios, inmediata al puerto de Veracruz. Allí volvieron á desembarcar esperando el rescate de los vecinos de la ciudad que llevaban y por los que exigían una gruesa suma. La isla no prestaba abrigo ni comodidad alguna; faltaban los alimentos y el agua potable, y los desgraciados prisioneros expuestos al ardiente sol de los trópicos fueron abandonados allí por los piratas, que se retiraron después de haber recibido en Veracruz ciento cincuenta mil pesos á cuenta de los rescates, y se llevaron tres mil personas entre negros y mulatos de ambos sexos y la mayor parte de los niños libres ó esclavos de ocho á nueve años de edad.

Hasta el domingo 19 no pudieron volver á Veracruz los desgraciados que habían quedado en la isla de Sacrificios, pues ni se encontraba embarcación que por ellos fuese para llevarlos al puerto ni pudieron ellos tampoco dar aviso de su situación.

En la isla de Sacrificios movióse una riña entre Lorencillo y Nicolás Agramont, de la que resultó que el mulato hiriera gravemente al jefe francés.

No se pudo calcular el monto del rico botín que hicieron los piratas; quizá no hay un ejemplo de asalto que les produjera tan pingüe resultado¹. Las pérdidas sufridas en Veracruz se calcularon en más de cuatro millones de pesos; el número de muertos entre los

¹ Algunos historiadores dicen que Lorencillo era flamenco y se llamaba Laurent Graff; otros, y la tradición en Veracruz, le llaman Lorenzo Jácome, mulato fugitivo de la justicia en América.

¹ El padre Alegre, en su *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo III, lib. IX, dice: «El botín que sacaron de la ciudad, no pudo saberse individualmente. En plata labrada pasaron de *mil arrobas*: en reales por la distribución que se supo después, cupieron á cada soldado raso más de *seiscientos pesos*, y eran los de esta clase mil y cien hombres, fuera de lo que se partió á cada uno de los once barcos, y lo que tomaron para sí los oficiales y los jefes, cuyas cuotas verosíblemente debieron ser cuatro, seis y aun diez y doce ó veinte veces mayores. Añádanse mil y quinientos esclavos, joyas, grana, añil, harina, caldos, lencería, y otros muchos efectos de España y de América, de que es la garganta aquel puerto, y se conformará el juicio que se formó entonces de que la pérdida montaba más de *cuatro millones*, en solo que ellos pudieron aprovechar.»

vecinos de la ciudad pasó de trescientas personas. Los piratas desembarcaron más de novecientos hombres, en los que había de todas nacionalidades: franceses, ingleses, españoles, mulatos é indios.

La noticia del desembarco de los piratas llegó á México, y el virey, conde de Paredes, dispuso inmediatamente que se levantasen en armas todos los vecinos capaces de servir en la tropa; comisionáronse los oidores Delgado y Solís para mandar la expedición que salía á Veracruz; la infantería, en número de dos mil hombres, estaba al mando del conde de Santiago, y la caballería á las órdenes del mayorazgo de Urrutia de Vergara; pero el auxilio era tardío ¹. El virey en

persona salió para Veracruz el 17 de julio, y sólo llegó para formar proceso y condenar á la pena capital al gobernador de la plaza, que apeló de la sentencia y fué remitido á España en la flota.

Cuando los piratas estaban aún en la isla de Sacrificios, se avistó la flota que llegaba de España á cargo de don Diego Zaldívar; pero lograron retirarse tranquilamente sin que ninguno de los navíos españoles pudiera darles alcance.

Por el mismo tiempo en que los piratas saqueaban á Veracruz llegó á México la noticia de que había desembarcado don Antonio Benavides, marqués de San Vicente, mariscal de campo, nombrado visitador del reino



Don Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes

por el monarca español. Sin duda Benavides llegó en algún navío antes que la flota de Zaldívar, porque el martes 11 de mayo se tuvo en México correo avisando su salida de Veracruz para México.

La venida de un visitador era siempre motivo de grandes inquietudes para el virey, la Audiencia y demás autoridades; pero en aquellas circunstancias presentaba caracteres de mayor gravedad, porque todos estaban temerosos en la responsabilidad que debía caberles en la sorpresa de la plaza de Veracruz por los piratas.

¹ Iban por capitanes de las compañías de infantería Miguel de Vera; don Teobaldo de Gorráez, yerno del mariscal de Castilla; don Franco de Medina Picazo, Domingo de Cantabrana, Juan de Dios y Domingo de Larrea.

Las compañías se habían formado filiendo los soldados por castas.

Don Antonio de Benavides emprendió el camino para México recibido y festejado por los vecinos y autoridades que miraban en el visitador al representante del soberano. Así llegó hasta Puebla, en donde, sin sospecharse siquiera el motivo, se le aprehendió por orden de la Audiencia y se le condujo bien custodiado á México, en donde entró el viernes 4 de junio en la noche en medio de una inmensa muchedumbre que concurrió á las calles del tránsito para verle pasar, pues grande escándalo y desconfianza había causado la prisión de aquel hombre.

Dividiéronse los ánimos profundamente con motivo de aquel acontecimiento, murmurando muchos vecinos contra la Audiencia y el virey por haberse atrevido á tanto como poner la mano y aprehender al representante de la autoridad real, investido con las facultades

del soberano, lo que equivalía á delito de lesa majestad; defendían otros á la Audiencia, y no faltaba quienes creyesen que el virey daba con esto muestras de querer levantarse con el reino apoyado por los oidores. El pueblo, por el misterio que envolvía al nuevo visitador, llamóle el Tapado, y fué con ese nombre conocido en la historia.

Don Antonio de Benavides fué encerrado en un calabozo, y el 10 de junio se comenzó el proceso por la sala de crimen de la Audiencia; pero nada pudo descubrirse por los oidores, ni aun se sabe siquiera qué fundamento se tuvo para mandarle aprehender: diósele tormento para arrancarle una declaración, y el virey, según refieren algunos cronistas contemporáneos, tuvo

Facsimile de la firma de don Antonio de la Cerda y Aragón

una noche con Benavides una secreta y larga conferencia, sin que sabídose hubiera de lo que en ella se trató.

Siguióse el proceso, y en el curso de él Benavides pretendió suicidarse ahorcándose con un pañuelo; pero se lo impidió un carcelero. Enfermó después y llevóse el sacramento á la cárcel, y el Tapado regaló mil pesos de manipulo al cura que le dió el viático, y que no habiendo querido aceptar éste, el virey los destinó á obras públicas.

Después de un año de prisión, el 10 de julio de 1684, don Antonio de Benavides fué condenado á muerte, y el 14 fué ejecutado en medio de la plaza Mayor de la ciudad. Ahorcáronle y le cortaron la cabeza y las manos; una mano se clavó en la horca en México y la otra con la cabeza fueron enviadas á Puebla. En los momentos de la ejecución de Benavides hubo un eclipse total de sol, y aquella coincidencia espantó terriblemente á los vecinos de la ciudad, al extremo de que en un instante quedó desierta la plaza donde se había apiñado una muchedumbre inmensa para contemplar la ejecución.

La verdad sobre los antecedentes y misión que traía á México don Antonio de Benavides fué siempre como un misterio impenetrable; unos supusieron que era un agente de los piratas; otros que era sencillamente un

impostor audaz, y otros sostenían que era un comisionado de la corte de España encargado de promover en la colonia una revolución.

El gobierno de la metrópoli y el de la Nueva España tenían conocimiento de que una colonia de franceses dirigida por Roberto La Salle se había establecido en el seno mexicano, por el rumbo de la Florida, en las costas ó en el interior del territorio; pero aquella noticia era tan vaga, que, sin embargo del gran interés que tenía la corte por impedir el establecimiento de colonias francesas ó inglesas en aquel rumbo, no se habían podido dictar disposiciones para arrojar á La Salle y á sus compañeros del territorio que ocupaban.

Para descubrir aquel establecimiento francés envió el virey una expedición á las órdenes del piloto Juan Enríquez Barroso confiando, para encontrar la colonia, en los datos que unos prisioneros franceses dieron á don Andrés Ochoa y Zárate, jefe de la escuadra de Barlovento. Barroso salió de la Habana en 1686 y recorrió las costas del Golfo desde el cabo que llamó del Lodo hasta los Apalaches; pero no encontrando ni rastro de lo que buscaba y faltándole los víveres, volvió á Veracruz y envió al virey informe de la comisión y plano detallado de las costas que había reconocido.

Por el lado del Pacífico apareció también el pirata inglés Guillermo Dampier, procedente de las costas del Perú, acompañado de un llamado Towunley, atrevido marino que emprendió apoderarse por sorpresa de un gran navío peruano que estaba á la ancla en Acapulco. Con dos canoas montadas por ciento cincuenta fusileros Towunley penetró por la bocana de Acapulco y llegó hasta cerca del navío. Comprendiendo que no le era fácil apoderarse de él, desembarcó la gente como á un tiro de cañón de la fortaleza, tuvo un ligero combate con las tropas de la plaza, y embarcándose otra vez tranquilamente regresó á unirse con sus compañeros.

Aunque no todas estas tentativas de los piratas alcanzaron un éxito feliz, prueban hasta dónde había llegado su número y su audacia, así como la debilidad del gobierno. La ciudad de Mérida fué fortificada, porque las expediciones de los piratas llegaron muchas veces hasta los suburbios, y no se pasaba una semana sin que dieran en México noticias de algún asalto en los puertos y pueblos de las costas ó de la presencia de nuevas embarcaciones enemigas.

Lorencillo en 1685 se apoderó de Campeche, y aquella villa sufrió la misma suerte que Veracruz. El gobernador de la península, don Juan Bruno Tello de Guzmán, no se inquietó al saber la noticia de aquel acontecimiento ni se preparó á la defensa hasta que se esparció la voz de que Lorencillo proyectaba una invasión á Mérida; entonces con las tropas que el gobernador tenía en la ciudad y con una compañía llegada de Valladolid salió para Campeche, deteniéndose en Hecelchakán, en donde dividió su fuerza en dos fracciones,

una que puso á las órdenes del capitán don Juan Chacón y otra cuyo mando conservó el mismo Tello. Chacón, que era hombre audaz y dotado de una grande actividad, emprendió el camino inmediatamente logrando llegar al pueblo de Hampolot antes que el enemigo, que dirigía su marcha hacia ese pueblo.

Los piratas atacaron al amanecer, y los soldados de Chacón salieron sobre ellos saltando sobre las fortificaciones; huyeron los asaltantes y los vencedores les persiguieron hasta meterles dentro de la villa de Campeche.

Si el gobernador Tello de Guzmán se hubiera movido inmediatamente que tuvo la noticia del triunfo, en auxilio de Chacón, unidos con el teniente don Felipe de la Barrera, que había logrado reunir algunas fuerzas en los alrededores de Campeche con las que hostilizaba á los piratas, indudablemente que Lorencillo y los suyos hubieran caído muertos ó prisioneros; pero Tello de Guzmán era cobarde y apático y permaneció tranquilamente en Hecelchakán. Lorencillo comprendió todo el peligro que corría, se embarcó precipitadamente llevándose un rico botín y pegó fuego á la villa. Chacón regresó á unirse con el gobernador, y á pesar del respeto conque siempre le había tratado echóle en cara su mala conducta ¹.

Lorencillo no se retiró de la península, y al año siguiente, 1686, hizo otro desembarco por la costa oriental, emprendiendo una marcha rápida sobre la villa de Valladolid; pero llegando á Tixcacal y á cuatro leguas ya de la villa, retrocedió sin saberse el motivo y volvió á embarcarse.

Ancona, en su *Historia de Yucatán*, refiere así una anécdota conque el cronista Lara explica el movimiento ejecutado por Lorencillo y su violenta retirada estando ya tan cerca de Valladolid:

«Cuando se divulgó la noticia de que los filibusteros marchaban rápidamente sobre Valladolid, el teniente de capitán general, D. Luis de Briaga, mandó tocar á rebato, con el objeto de organizar inmediatamente una defensa. Pero muchos de los habitantes de la villa, en vez de correr á armarse, corrieron á ocultarse en los bosques vecinos. Reuniéronse, no obstante, trescientos sesenta hombres, que puestos bajo el mando del encomendero de Tihosuco, D. Ceferino Nicolás Pacheco, marcharon á atajar el paso al temible Laurent Graff. Entre los soldados de este destacamento había un mulato llamado Núñez, que poseía un talento natural, aunque poco cultivado, y que siempre tenía en los labios frases agudas y picantes conque hacía reír y rabiarse á sus víctimas. El aspecto y la conversación de sus compañeros de armas hizo comprender bien pronto á este espíritu observador que no le costaría ningún esfuerzo al pirata el desbaratarlos; y deseando evitar á las armas de la colonia esta vergüenza, resolvió apelar

á uno de esos recursos ingeniosos que tanta reputación le habían dado en la villa. Fingió una nota de don Luis de Briaga al jefe de la fuerza, en que, entre otras instrucciones, le daba las siguientes: «Luego que Ud. aviste al enemigo, sin fatigar mucho á su gente, procure huir de modo que sirva de engodo para que sin recelo se pase hasta esta villa, por ser así la orden superior, que se ha tomado la providencia de que marchen á cerrarles el camino del puerto, y á este efecto marchan ya cuatro mil hombres para el despoblado y otros cuatro mil que vienen á apretarles de esta otra parte y cogerlos en medio.» Puso á este papel la firma de Briaga, con la seguridad de que Lorencillo no la conocía, se lo echó al bolsillo y continuó su marcha. Sus temores no tardaron en realizarse, porque luego que los piratas se presentaron en el campo, los soldados bisoños de Pacheco dispararon apenas un tiro y apelaron después á la fuga. El mulato también corrió; pero dejó caer en el camino el papel que había escrito, con la esperanza de que obtendría un éxito completo su estratagema. Lorencillo continuó su marcha, algo admirado de la facilidad conque había arrancado esta victoria á los vallisoletanos, y ya como soldado viejo comenzaba á recelar algún ardid, cuando sus ojos tropezaron con el papel escrito por Núñez. Lo leyó con atención, preguntó á un prisionero que había hecho si la firma que contenía era la de Briaga; y habiendo respondido éste que sí, entró en consulta con sus principales capitanes. El consejo opinó sin duda que la colonia era muy capaz de poner ocho mil hombres sobre las armas, porque inmediatamente retrocedió toda la horda hacia la playa y se embarcó como hemos dicho.»

Los vecinos de Campeche habían sufrido gravísimos perjuicios; muchas familias quedaron en la miseria, emigraron gran número de habitantes y los edificios estaban convertidos en ruinas.

Sorpresas como la de Lorencillo, aunque menos terribles, se habían sufrido ya en la villa; por eso y como remedio radical se pensó en construir una muralla que pusiese la población al abrigo de los golpes de mano del enemigo, y en 1686 se reunieron trece mil quinientos pesos de suscripción para la obra entre los vecinos y autoridades; el rey Carlos II mandó dar diez mil de las cajas reales de México, y se decretó un impuesto de medio real por cada fanega de sal que se exportase de Campeche, y sin perder más tiempo se abrieron los cimientos de la muralla y se comenzó la obra con la mayor actividad.

El puerto de Tampico había sido también visitado por los piratas; constantemente se presentaban á la vista velas enemigas, y en 1684 la invasión fué tan seria, que los piratas se apoderaron de la villa, haciendo prisioneros á muchos de sus habitantes; felizmente para éstos, la armada de Barlovento pudo prestar auxilio; derrotó en el mar al enemigo, quitóle esclavos y botín

¹ ANCONA. — *Historia de Yucatán*, cap. VII, lib. IV.

y rescató los prisioneros, hazaña que como extraordinaria puede señalarse en la historia de esa armada, que tan pocos servicios prestó á la marina mercante y á los habitantes de las costas, pero que se mostraba tan exigente en el pago de los sueldos, que poco tiempo después, gobernando la Nueva España el sucesor del conde de Paredes, los soldados y marineros se amotinaron invocando el pretexto de que era poco el sueldo y escasas las raciones.

El conde de Paredes gobernó hasta el 16 de noviembre de 1686, en que tomó posesión del vireinato

su sucesor don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, conde de la Monclova, llamado Brazo de plata ó Brazo de hierro, porque tenía de metal el derecho que había perdido en una batalla ¹, y que apenas había desembarcado en Veracruz procuró informarse, conforme á las instrucciones expresas del rey, del éxito que había tenido la expedición del piloto Barroso en busca de la colonia francesa establecida en las costas del seno mexicano. Reunió el conde de la Monclova para proceder en este negocio una junta de los capitanes de la flota, á quienes consultó sobre lo que debería hacerse, y se



Don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, conde de la Monclova

acordó que salieran dos embarcaciones que llegasen hasta los Apalaches; nombráronse capitanes de esas

Facsimile de la firma de don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega

embarcaciones, que fueron bergantines, á don Martín Rivas y á don Pedro de Iriarte, y quedaron de reserva listos para darse á la vela dos navíos de línea. Esto

lo había determinado y mandado ejecutar el conde de la Monclova dos meses antes de tomar posesión del gobierno, pues llegó á Veracruz en setiembre de 1686, lo cual prueba que esas disposiciones las dictó en virtud de autorización especial que traía del monarca, pues ni aun hubo tiempo para que recabase venia ó permiso del conde de Paredes que gobernaba la Nueva España.

Los bergantines salieron de Veracruz el 1.º de enero de 1687, dirigidos por el piloto Barroso; adelan-

¹ El licenciado Antonio de Robles, en su *Diario de sucesos notables*, publicado en México en 1853, dice: «1686, Setiembre.—Cajones.—Sábado 21, los cajones de cartas entraron, y traen las nuevas siguientes: virey el conde de la Monclova don Melchor de Portocarrero del dicho hábito de Alcántara que tiene un brazo de hierro, trae á su mujer y tres hijos.»

taron en esa expedición más de lo que se había adelantado en la anterior, y no encontrando de los franceses más que los restos de una nave que había naufragado, dieron la vuelta al Golfo, tocando la Habana, las costas de Yucatán y las de Tabasco, hasta volver á Veracruz. La tardanza de estos bergantines obligó al conde de la Monclova á disponer que en busca de ellos saliesen de Veracruz, el 28 de junio de 1687, dos fragatas al mando de Francisco López de Gomara y de Andrés de Pez dirigidas por el piloto Luis Gómez Raposo, considerado como uno de los marinos más distinguidos. Esta expedición siguió al principio el mismo derrotero que la de Barroso, y encontró en la bahía que los franceses llamaban de San Luis y los españoles de San Bernardo los restos del buque náufrago; pero llegando al cabo Apalache volvió proas, y atravesando el Golfo aportó en Veracruz el 14 de setiembre.

El conde de la Monclova creyó con esto que no había temor de que ninguna colonia francesa se hubiese establecido en las costas del seno mexicano; pero por vía de precaución, para el caso de que los colonos se hubieran internado, fundó en Coahuila un presidio que recibió el nombre de Santiago de Monclova, y que lo formaron ciento cincuenta familias, entre las que se contaban doscientos setenta hombres de combate.

El gobernador de la Habana remitió á México á un prisionero inglés llamado Rafael Huitz, el que decía haber conocido personalmente la colonia fundada por los franceses en la costa. Como el rey había encargado empeñosamente al conde de la Monclova el descubrimiento de aquella misteriosa colonia, el virey comisionó á Andrés de Pez para indagar la verdad del caso que refería el prisionero inglés. Pez se dió á la vela saliendo de Veracruz el 25 de marzo de 1688 en una fragata de la armada de Barlovento con una barca, además, de diez y ocho remos, llevando por piloto á Barroso. Llegó hasta la bahía de Mobila, dejó allí la fragata, y adelantóse en la barca treinta leguas adelante, reconociendo el río Mississipi, llamado por los españoles Palizada y por los franceses de San Luis ó de Colbert, y regresó después á Veracruz el 10 de mayo. El virey por el informe de Pez quedó seguro de que no existía la colonia; pero Huitz, por haber engañado al gobierno, fué condenado á galeras.

Sin embargo, al mismo tiempo que por el lado de Veracruz recibía el virey tan consoladoras noticias, el padre fray Damián Mazanet, que estaba en la misión de Santiago del valle de Candela, en Coahuila, comunicó al gobernador de aquella provincia, don Alonso Leon, y éste á su turno avisó al virey, que unos indios le habían asegurado que en las costas del mar estaban avecindados unos hombres blancos y rubios, que el fraile juzgaba como indudable que serían los franceses que con tanto empeño se buscaban. Como en aquella sazón entraba al gobierno el sucesor del conde de la

Monclova, no pudo ya éste dictar providencias para hacer un reconocimiento.

Desde la infructuosa expedición de Otermín para la reconquista del Nuevo México en 1682, que sólo tuvo por resultado la fundación de la villa de Paso del Norte, y á pesar de las discordias que entre sí tenían las naciones sublevadas, no se volvió á intentar aquella conquista sino hasta el gobierno del conde de la Monclova, que envió dos expediciones, una en 1688 á las órdenes de don Pedro Reneros Posada y otra á las órdenes de don Pedro Girona en 1689; pero ambas expediciones tuvieron que regresar sin haber avanzado nada en la pacificación de la provincia.

Inútilmente se había intentado la conquista y pacificación de California; la expedición contratada con don Isidro de Otondo y Antillón quedó definitivamente arreglada, y dos navíos, la *Concepción*, que era capitana, y el *San José San Francisco Javier*, almirante, salieron del puerto de Chacala el 17 de enero de 1683. Como el rey había encomendado á la Compañía de Jesús la conversión y administración espiritual de California, acompañaron á Otondo el padre Eusebio Kino y el padre Pedro Matías Gogni, ambos jesuitas, á los que se agregó fray José Huijosa, religioso profeso de San Juan de Dios. El padre Kino aun no era profeso cuando marchó esa expedición, pero nombráronle de preferencia los jesuitas y llevóle gustoso Otondo, porque Kino era un cosmógrafo muy distinguido y notable por sus conocimientos en matemáticas ¹.

Dos meses tardaron las embarcaciones para llegar al puerto de la Paz, no por ser larga la travesía, sino por la irregularidad de los vientos y por la violencia de los temporales que tuvieron que sufrir en el mar.

El 5 de abril se volvió á tomar posesión de la isla con toda solemnidad, y Otondo dispuso se comenzasen á hacer algunas fortificaciones; pero los indios no venían de paz; perdióse un grumete y Otondo declaró que los indios *guaicurus*, que eran los que más trataban á los españoles, le habían asesinado, y mandó aprehender al capitán de ellos; esto produjo el alzamiento de aquellas tribus, y algunos se presentaron en son de guerra, y aunque huyeron al primer disparo de cañón, los soldados de Otondo se acobardaron suponiéndose en gran peligro y pidieron tumultuosamente la vuelta á la Nueva España. Esto y la falta de víveres determinaron á Otondo á regresar á las costas de Sinaloa.

En el mes de setiembre del mismo año emprendió

¹ «El P. Francisco Eusebio Kunt, conocido en México por Kino, era natural de Trento; abrazó el instituto de la Compañía de Jesús, y fué catedrático de matemáticas de la Universidad de Ingolstadt; á consecuencia de un voto pasó á la Nueva España en 1681; acompañó á Otondo en 1683 formando los planos de lo explorado, y vuelto á México fué nombrado para las misiones de los pimas de Sonora, en 1687. Allí aprendió la lengua, formó vocabulario y catecismo, adelantando las fundaciones en cuanto estuvo en su poder.» — OROZCO Y BERRA. — *Apuntes para la historia de la geografía en México*, pág. 203.

Otondo un segundo viaje á California, en el que le acompañó igualmente el padre Kino; ya entonces se estableció un real en lugar á propósito, y la nave capitana hizo viajes proveyendo á la nueva colonia de víveres, caballos, mulas y cabras. Los indios comenzaron á entrar en relaciones con los españoles, que cuidaban de halagarlos regalándoles maíz, mantas, sombreros, abalorios y piezas de paño; los jesuitas procuraron aprender las lenguas de la tierra y explicar la doctrina á los indios ¹.

El almirante estaba satisfecho de la fundación de aquel primer pueblo, al que llamaron San Bruno, y los jesuitas contentos de la docilidad de los indios; pero los soldados comenzaron á quejarse de la esterilidad de la tierra y de lo mal sano del clima, y Otondo llegó á convencerse de que era necesario cambiar de asiento la población; envió un navío á buscar un lugar más á propósito, y escribió al virey notificándole lo que pasaba; pero el navío recorrió la costa sin encontrar un sitio apropiado para fundar una villa, y el virey contestó que, pues tanto se había gastado en la conquista de la California sin conseguir gran fruto, se conservase lo adquirido, si era posible, pero que no se

¹ ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*, lib. IX. — Clavigero, en su *Historia de la antigua ó baja California*, refiere, á propósito de las dificultades de los jesuitas para aprender los idiomas de los indios, la siguiente anécdota:

«Mientras el almirante se ocupaba en este y otros viajes, los misioneros se dedicaron con mucho empeño á aprender las dos lenguas que allí se hablaban, y después de haber adquirido los conocimientos suficientes, emprendieron traducir á ellas la doctrina cristiana; pero no sabían cómo expresar el artículo de la resurrección de los muertos, porque no hallaban palabras para significarle. Con el fin de hallarlas se valieron de este curioso expediente. Habiendo cogido algunas moscas y sumergídaslas en agua fría hasta que parecieron muertas, las metieron en ceniza y después las pusieron al sol para que con el calor recobrasen su movimiento. Al practicar esta operación estuvieron muy atentos para observar y escribir las primeras palabras que los indios profiriesen viendo revivir las moscas, pues creían que aquellas palabras significarían la resurrección. Pero se engañaron, porque la expresión que los indios profirieron y que después de algunas nuevas investigaciones se puso en el símbolo, fué esta: *Ibimuhuet-ete*, la cual no expresa la resurrección y sólo significa: *Poco há que murió ó poco há estaba muerta.*»

emprendiese nada nuevo; Otondo comprendió que era inútil perseverar en aquel intento, y embarcando su gente regresó á los puertos de Nueva España, adonde llegó á fines de 1685. En aquella empresa se habían empleado tres años y gastádose de las cajas reales doscientos veinticinco mil pesos.

A pesar de lo infructuosas que habían sido todas las expediciones á California, ni el monarca, ni el virey, ni Otondo dejaban de pensar y de ocuparse en la conquista de aquella península. En 1694 concedióse licencia al capitán Francisco de Itamarra para hacer entrada, pero fué tan sin provecho como las anteriores.

Otra expedición estuvo á punto de salir con Otondo, pero se suspendió por haberse sublevado los *tabaris* en Sonora comunicándose violentamente el fuego de la insurrección á los taramaques y conchos de Chihuahua ¹.

La causa de la sublevación de los *tabaris* fué la presencia en esa tribu de un clérigo que pretendía obligar por la fuerza á los indios á bautizarse; caminaba en compañía de seis españoles armados; arrancaba á los niños de los brazos de las madres para darles el bautismo y á los adultos los cargaba de cadenas y los encerraba hasta que pidiesen el bautismo ².

Las dificultades en que se encontraba el gobierno de la colonia, amagadas las costas constantemente por los piratas, impedían enviar grandes refuerzos para la pacificación de Sonora y de Chihuahua, y esto sin contar conque el Nuevo México estaba enteramente perdido. El gobierno del conde de la Monclova había luchado con esos grandes obstáculos pudiendo apenas defender las costas, y en tan triste situación llegó á encargarse del vireinato el 17 de setiembre de 1688 don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, siendo promovido al vireinato del Perú el conde de la Monclova, quien se embarcó en Acapulco el 11 de mayo de 1689.

¹ CLAVIGERO. — *Historia de California*.

² ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*.